

Pompeyo en Mitilene se hallaba aún demasiado cerca de Farsalia; así, pues, continuó navegando sin detenerse en los puertos mas que por hacer aguada ó proveerse de víveres.

La primera ciudad en que hizo alto fué Atalia en la Panfilia.

Allí se le reunieron cinco ó seis galeras que venian de Cilicia, y mediante ellas pudo contar con alguna tropa. Pronto tambien tuvo á su lado unos sesenta senadores. Aquel era un núcleo en torno del cual podrian ir agrupándose los fugitivos.

Al mismo tiempo supo que su escuadra no habia recibido descalabro alguno y que Caton habia pasado á Africa despues de haber recogido gran número de soldados.

Entonces dirigió á sus amigos y se hizo á sí mis-

mo los mayores reproches por haber dado la batalla con solo el ejército, dejando ociosa la escuadra, que constituía su fuerza principal, ó al menos por no haberla tenido á mano como lugar de refugio para el caso de una derrota; dicha escuadra le hubiera proporcionado en seguida un ejército mas poderoso que el que hubiese perdido.

Obligado á operar con las únicas fuerzas que le quedaban, Pompeyo trató al menos de aumentarlas. Envió á sus amigos á pedir auxilios á algunas ciudades, y él mismo fué personalmente á otras á reclutar hombres y equipar buques; pero en tanto que cada uno le cumplia las promesas que acababan de hacerle, conociendo la rapidez de los movimientos de César y la instantaneidad con que estaba acostumbrado á sacar partido de la victoria, temiendo verlo aparecer de un momento á otro y no tener siquiera modo de resistirle, se puso á pensar en el lugar del mundo que podría ofrecerle un asilo.

Sus amigos se reunieron con tal motivo y celebraron consejo.

Entre todos los reinos escogidos Pompeyo escogia el de los partos; segun él, era la potencia mas á propósito para ampararlo, defenderlo y hasta proporcionarle tropas con que reconquistar su posicion perdida; pero le hicieron observar que Cornelia, á causa de su gran belleza, no estaria con seguridad entre



aquellos bárbaros, que ya habían muerto al jóven Craso su primer esposo.

Tales razones hicieron desistir á Pompeyo de tomar el camino del Eufrates.

Ademas, era preciso que se cumpliesen los destinos.

Un amigo de Pompeyo propuso retirarse cerca del rey numida, Juba, y reunirse con Caton, que, como hemos dicho, se hallaba ya en Africa con fuerzas considerables.

Pero Teófano de Lesbos insistió en la traslacion á Egipto. Ese país solo estaba á tres jornadas de distancia, y el jóven Ptolomeo, pupilo de Pompeyo, y cuyo padre habia restablecido este en el trono, le era deudor de demasiadas obligaciones para no ser su servidor mas adicto.

El mal génio de Pompeyo hizo prevalecer esa última proposicion.

Así, pues, partió de Chipre con su mujer en una galera de Seleucia; los demas individuos de su comitiva iban en buques mercantes.

La travesía fué feliz; el hálito de la muerte impelia á los buques.

Por las primeras noticias que adquirió, supo Pompeyo que Ptolomeo estaba en Pelusa y que hacia la guerra á su hermana Cleopatra.

Pompeyo se hizo preceder por uno de sus amigos,

encargado de anunciar al rey su llegada y pedirle en su nombre un asilo en Egipto.

Ptolomeo, que tenia entonces quince años escasos, era, desde hacia dos, marido de su hermana Cleopatra, que contaba diez y nueve. Esta, en virtud de su derecho de primogénita, habia querido ejercer la autoridad real; pero los confidentes de Ptolomeo habian escitado una sedicion contra ella obligándola á alejarse.

He ahí el estado de las cosas en el momento de la llegada del mensajero de Pompeyo.

Los confidentes de Ptolomeo que habian espulsado á Cleopatra, eran un eunuco, un retórico y un ayuda de cámara.

El eunuco se llamaba Pothin, el retórico Teodoto de Chios y el ayuda de cámara Achillas.

Aquel respetable consejo se reunió para deliberar sobre la peticion de Pompeyo.

La deliberacion y la resolucion fueron dignas de la asamblea.

Pothin opinaba que se le negase la hospitalidad, y Achillas que se le recibiera; pero Teodato de Chios, hallando ocasion de hacer brillar su ciencia de retórico, puso este dilema:

—Recibir á Pompeyo es enemistarnos con César, é imponernos un amo, y despedirlo seria, caso de reponerse de sus pérdidas, concitarnos su odio mortal.



Lo mejor que se podía hacer, según el retórico, ora aparentar que se le recibía y matarlo sencillamente.

—Esa muerte, continuó el orador, será grata á César, que nos quedará obligado por ella. Además, añadió sonriéndose, *los muertos no muerden*.

Aquel dictámen reunió todos los votos y Achillas fué encargado de su ejecución.

En seguida se hizo acompañar por dos romanos llamados Septimio y Salvio, que habían servido en otro tiempo, el uno como jefe de cohorte y el otro como centurion, á las órdenes del vencido de Farsalia; hizo que le siguiesen también tres ó cuatro esclavos y se dirigió á la galera de Pompeyo.

Todos los que iban á bordo de aquella galera se hallaban sobre cubierta, esperando la respuesta del mensaje mandado á Ptolomeo.

Esperaban que saldría á recibir al ilustre fugitivo la galera real, y la buscaban con los ojos á lo lejos. Así, cuando vieron en lugar de aquella una miserable lancha montada por siete ú ocho hombres, semejante desprecio pareció sospechoso á todo el mundo y no hubo una sola voz que no aconsejase á Pompeyo ganar el largo mientras fuera aún tiempo.

Pero Pompeyo estaba tan cansado como su suerte.

—Esperemos, dijo; sería ridículo huir ante ocho hombres.

Entonces la lancha se acercó, y Septimio, reconociendo á su antiguo jefe, se levantó saludándolo con el título de imperátor.

Al mismo tiempo Achillas le invitaba en griego, en nombre del rey Ptolomeo, á pasar de la galera á la lancha, manifestándole ser fangosa la costa y no tener en sus inmediaciones, llenas de bancos de arena, fondo suficiente para su buque.

Pompeyo titubeaba; pero en medio de esos sucesos se veía armarse los buques de Ptolomeo y esparcirse sus soldados por la costa. ¿Era para honrarlo? Podía creerse así. Además, manifestar desconfianza en el punto á que se había llegado, era proporcionar á los asesinos la excusa de su crimen.

Entonces Pompeyo, abrazando á Cornelio, que lloraba de antemano su muerte, mandó á dos centuriones de su séquito, á Filipo, uno de sus libertos, y á uno de sus esclavos llamado Scené, que lo precedieran en la lancha; y como Achillas le tendía la mano para que él pasara á su vez, se volvió hácia su mujer y su hijo, despidiéndose de ellos con estos dos versos de Sófoles:

Quien va á ver á un tirano es ya su esclavo,  
Por libre que haya sido hasta aquel punto.



## XI

Aquellas fueron las últimas palabras que Pompeyo cambió con los que le eran caros.

Luego hubo un momento de silencio solemne, durante el cual pasó de la galera á la lancha; despues, en fin, esta desatraco de aquella y bogó hácia la orilla.

Todos los amigos de Pompeyo, agrupados al rededor de su mujer y su hijo, lo miraban alejarse.

El trayecto de la galera á la playa era bastante largo; en la pequeña lancha todo el mundo guardaba silencio.

Aquel silencio pesaba sobre el corazon de Pompeyo como el de la muerte.

Trató de romperlo y miró á todos aquellos hombres unos despues de otros, para ver si alguno de ellos le hablaba primero.

Todos permanecieron mudos y sombríos como estatuas.

Al fin sus ojos se detuvieron en Septimio, que, como hemos dicho, lo habia saludado, al llegar, con el título de imperátor.

—Amigo mio, le dijo, ¿me engaño por ventura ó me es fiel la memoria? Creo que en otro tiempo has hecho la guerra conmigo.

Septimio contestó haciendo con la cabeza una señal afirmativa, pero sin añadir á aquella señal una sola palabra, y como si no lo afectara en manera alguna aquel recuerdo de Pompeyo.

El ruido producido por la voz del fugitivo, se estinguió sin eco en todos aquellos corazones de eunucos y de esclavos.

Pompeyo lanzó un suspiro, y sacando sus tablillas, en las cuales habia escrito en griego el discurso que debia dirigir á Ptolomeo, se puso á corregirlo.

Entretanto, á medida que la lancha se acercaba á tierra, se veia á los oficiales del rey reunirse en el punto donde parecia que debia atracar.

Aquella demostracion tranquilizaba algo á Cornelia y á los amigos de Pompeyo, que permanecian sobre cubierta para ver lo que iba á suceder.

Pero aquel relámpago de esperanza no fué de larga duracion.

La lancha acababa de llegar á la orilla.



Pompeyo se levantó para saltar en tierra, y al hacerlo se apoyó en el hombro de Filipo su liberto.

En aquel mismo instante, con un movimiento rápido como el pensamiento, Septimio sacó la espada y se la pasó á través del cuerpo.

Dado aquel primer golpe, Salvio y Achillas desenvainaron á la vez sus armas.

Entonces Pompeyo, que á pesar de la terrible herida que habia recibido permanecia aún en pié, como si un gigante de su talla no pudiese caer de un solo golpe, echó una última mirada hácia su mujer y su hijo, cogió la túnica con las dos manos, se cubrió con ella el rostro, y sin pronunciar una palabra, sin hacer un ademán que fuese indigno de él, lanzando un simple suspiro, recibió todos los golpes sin quejarse y sin tratar de evitarlos.

Tenia cincuenta y nueve años, cumplidos la víspera; moria, pues, al día siguiente del aniversario de su nacimiento.

A la vista del asesinato, los que se hallaban en la galera lanzaron gritos horrorosos que llegaron hasta la orilla.

El niño lloraba sin saber por qué; Cornelia se retorcia los brazos desesperada. Pero aun cuando insistiese en que se le entregase al menos el cuerpo de su esposo, los capitanes hicieron levar las anclas inmediatamente, largaron todas las velas, y aprove-

chando un viento favorable los buques se alejaron de la costa como una bandada de aves acuáticas.

Los egipcios resolvieron al punto perseguirlos; pero en breve tuvieron que renunciar á su designio: los fugitivos les llevaban una gran ventaja.

Los asesinos cortaron entonces la cabeza de Pompeyo para llevársela al rey y probarle que habian cumplido su orden.

Por lo que hace al cuerpo, lo arrojaron desnudo en la playa, dejándole en ese humilde estado espuesto á las miradas de los curiosos que deseasen medir la grandeza humana por la talla de un cadáver sin cabeza.

Solo Filipo, el liberto de Pompeyo, pidió no abandonar el cadáver de su señor y permaneció á su lado.

Los asesinos se alejaron con la cabeza.

Entonces Filipo lavó piadosamente el cuerpo con agua de mar, lo envolvió en su propia túnica y reunió los restos de un bote de pescador despojos casi destruidos por el tiempo, "pero que bastaron, dice Plutarco, para hacer una pira á un cadáver que tampoco estaba entero."

Mientras reunia aquellos restos y hacia aquella pira, se acercó á él un anciano.

Era un romano que en su juventud habia hecho sus primeras armas á las órdenes de Pompeyo, jóven tambien entonces.



Sabia ya la terrible noticia, y desentendiéndose delante del liberto,

—¿Quién eres tú, le dijo, que te dispones á hacer las exequias del gran Pompeyo?

—Ay! contestó Filipo, soy un humildísimo pero fiel servidor: uno de sus libertos.

—Bueno, contestó el anciano, no tendrás solo ese honor; ya que te he encontrado aquí, permíteme que te acompañe en ese piadoso deber. Los dioses me son testigos de que no habré de quejarme por mi larga permanencia en esta tierra extranjera, puesto que despues de tantas desgracias me estaba reservada la gloria de tocar y amortajar el cuerpo del mas grande de los romanos.

Tales fueron los funerales de Pompeyo el Grande.

Al dia siguiente, otro buque, procedente de Chipre, orillaba las costas de Egipto. Un hombre se hallaba en pié en él, cubierto con una armadura y envuelto en un manto militar, pensativo, con los brazos cruzados y fijos los ojos en la playa.

Vió el fuego de la pira que empezaba á apagarse y cerca de aquel fuego moribundo el liberto Filipo sentado, con la cabeza entre las manos.

—¿Quién es, murmuró, con un sentimiento de profunda tristeza, el que ha venido á terminar aquí sus destinos y descansar de sus trabajos?

Despues, como nadie pudiese contestarle, lanzó un profundo suspiro, y

—Ay! añadió, ¡quizá seas tú, ilustre Pompeyo!

Poco despues desembarcó, fué cogido por los soldados de Ptolomeo y murió en una prision.

Pocos se preocuparon de él; su nombre y su infortunio se perdieron en el nombre y el infortunio de Pompeyo el Grande.

César, por su parte, despues de haber devuelto la libertad á Toda la Tesalia, en conmemoracion de la victoria de Farsalia, se habia puesto á perseguir á Pompeyo.

Llegado á Asia, habia concedido el mismo favor á los gnidianos por mediacion de Teopompo, autor de un tratado sobre la Mitología, rebajando á todos los habitantes del país la tercera parte de los impuestos.

A medida que avanzaba sabia los prodigios que habian precedido ó acompañado su triunfo.

En Elida, la imágen de la Victoria, colocada en el templo de Minerva y que miraba á la diosa, se habia vuelto por sí misma hácia la puerta del templo el dia de la batalla; en Antioquía se habia oido por tres veces toque de trompetas y gritos militares y la guarnicion habia tomado las armas y subido á las murallas; en Pérgamo los tambores que estaban en el santuario habian sonado por sí mismos sin que nadie los tocase; en Tralles, en fin, le enseñaron la



palmera que habia nacido en el templo de la Victoria.

Estaba en Gnido cuando supo que Pompeyo habia tocado en Chipre; á partir de aquel momento auguró que el vencido se retiraria á Egipto.

Entonces se dirigió hácia Alejandría con quince galeras, ochocientos caballos y dos legiones, una que habia hecho venir del ejército de Caleno, que estaba en Acaya, y otra que le habia seguido.

Aquellas dos legiones no hacian en junto mas que tres mil doscientos soldados; el resto habia quedado en el tránsito.

Pero, por poco numeroso que fuese su ejército, despues de la batalla de Farsalia, César se creia seguro donde quiera.

Así, pues, entró en Alejandría con solo aquellas fuerzas.

Apenas habia puesto el pié en tierra cuando vió dirigirse hácia él una diputacion cuyo orador, despues de haberle hecho toda clase de cumplidos, abrió una punta de su manto é hizo rodar á sus piés la cabeza de Pompeyo.

A aquella vista César volvió el rostro horrorizado y no pudo contener las lágrimas.

Le ofrecieron el sello de Pompeyo y lo tomó con veneracion.

Aquel sello tenia grabado un leon empuñando una espada.

Colmó de presentes á todos los amigos de Pompeyo, los cuales se habian dispersado por el campo despues de su muerte y habian sido presos por el rey de Egipto, y los adhirió á su persona.

Al mismo tiempo escribia á Roma que el fruto mas dulce y mas real de su victoria era salvar todos los dias á algunos de sus conciudadanos, de los mismos que habian empuñado las armas contra él.



## XII

El primer cuidado, ó casi el primer deber, de César al llegar á Egipto, fué recojer las cenizas de Pompeyo y mandar á Cornelia la urna que las contenia.

Cornelia las depositó en la hermosa casa de Alba de que varias veces hemos tenido ocasion de hablar.

César habia pegado una patada en el suelo, en el punto en que habia caido Pompeyo, y habia dicho:

—Levantaré aquí un templo á la Indignacion.

Mas tarde, en efecto, se construyó aquel templo. Appiano lo vió y cuenta que cuando el emperador Trajano hacia la guerra en Egipto á los judíos, estos lo destruyeron porque les estorbaba.

Entre tanto César estaba bastante embarazado. Habia dado cita á varios buques en Alejandría, y los

vientes etesianos lo detenian allí, precisamente cuando tenia el mayor deseo de hacer morir á los tres asesinos de Pompeyo: Pothin, Achilles y el sofista Teodoto.

Ademas habia oido elogiar mucho la belleza de Cleopatra, y César era muy curioso tratándose de esa clase de prodigios.

Cleopatra tenia entonces diez y siete años. Hacia dos que habia muerto su padre, aquel Ptolomeo Auletes, tocador de flauta, que hemos visto ir á Roma á implorar la proteccion de Pompeyo.

Habia dejado un testamento, del cual se habia mandado una copia á Pompeyo á Roma, quedando el original en los archivos de Alejandría.

Por dicho testamento el anciano rey dejaba el trono á su hija y á su hijo mayores, Cleopatra y Ptolomeo, los cuales ademas de ser hermanos eran esposos. Ptolomeo no tenia entonces mas que quince años.

El testador rogaba á Pompeyo que vigilase en nombre del pueblo romano el cumplimiento de su testamento.

Ahora bien, desde hacia un año el poder de Pompeyo habia pasado á manos de César.

Despues, como hemos visto, Pompeyo acababa de ser asesinado por aquel mismo Ptolomeo, cuyos derechos tenia encargo de sostener.



Cleopatra y Ptolomeo tenían además otro hermano de once años y otra hermana de trece, llamada Arsinoe, en el momento en que César entró en Alejandría.

César hizo invitar á los dos esposos, cada uno de los cuales tenía un ejército, á que licenciasen sus tropas y fuesen á ventilar su proceso ante él.

Como muestra de sus buenas disposiciones en favor de ambos príncipes, César, acreedor del difunto rey por la cantidad de diez y siete millones y medio de dracmas, les perdonaba siete millones, si bien manifestándoles que necesitaba los otros diez y medio y exigía que se los pagasen.

Esperaba el resultado de aquella invitación cuando le anunciaron que un hombre solicitaba el honor de regalarle un tapiz, diciendo que César no habría visto jamás otro igual.

César mandó que entrase aquel hombre.

Entró efectivamente llevando sobre los hombros un tapiz sujeto con una correa y el cual puso á los pies de César.

El hombre desató la correa, el tapiz se desenrolló por sí mismo y César vió salir de él una mujer.

Era Cleopatra.

Conociendo su poder, el cual había ejercido ya particularmente sobre el joven Sexto Pompeyo, en cuanto había sabido la convocatoria de César se ha-

bia metido en un bote con solo Apolodoro de Sicilia, al cual tenía por su mejor amigo, y á eso de las nueve de la noche había llegado delante de palacio.

Una vez allí, no esperando poder entrar sin que la reconociesen, había dicho á Apolodoro que la enrollara en un tapiz y que la presentara así á César.

Aquella jugarreta de costurerilla encantó al vencedor de Farsalia.

Cleopatra no era precisamente hermosa: era algo mejor que eso; era encantadora. Su cuerpo era pequeño, pero admirablemente formado;—ya se comprenderá que á ser otro su tamaño no hubiera ido fácilmente dentro de un tapiz.—Además toda ella era gracia, coquetería, talento; hablaba el latín, el griego, el egipcio, las lenguas de Siria y de Asia, y tenía del Oriente los hábitos de magnificencia que encadenaban á los que la veían con cadenas de oro y diamantes; era, en fin, la realización de la fábula de la Sirena.

Es de creer que no hizo penar mucho á César, pues cuando Ptolomeo llegó á la mañana siguiente, “notó, dice Dion Cassio, por ciertas familiaridades que César tenía con su hermana, que su causa estaba perdida.”

Sin embargo, el joven zorro disimuló; hizo que no veía nada y en cuanto halló una oportunidad huyó de palacio, echando á correr por las calles de Ale-



jandría, gritando que se le hacia traicion.—A los gritos del jóven rey el pueblo tomó las armas.

Pothin por su parte espidió un mensajero á Achillas, que mandaba el ejército de Pelusa, para que se dirigiese en seguida á Alejandria.

Aquel ejército constaba de veinticinco mil hombres y se componia, no de egipcios, pues entonces hubieran sido una biococa para César, sino de los restos del de Gabinio,—esto es, veteranos romanos que se habian acostumbrado á la vida licenciosa de Alejandria, que se habian casado allí y que conservando el valor de sus compatriotas habian adoptado las costumbres de Oriente,—piratas sicilianos de los que habia dispersado Pompeyo, y, en fin, fugitivos y desterrados.

Oyendo César aquellos gritos de muerte lanzados contra él y contando sus tres mil doscientos soldados, comprendió que la situacion era grave, y envió á Achillas dos ex-ministros del difunto rey, antiguos embajadores en Roma, llamados Serapion y Dioscóride.

Pero Achillas los hizo degollar ántes que hubiesen abierto la boca.

Era como se vé, una declaracion de guerra.

César la aceptó.

### XIII

Tenia contra él á Achillas y sus veinte y cinco mil hombres, pero tenia en su favor ese poderoso aliado que se llama el Amor.

Además, por lo que pudiera suceder, se habia apoderado del pequeño rey Ptolomeo y del eunuco Pothin.

César empezó por concentrar sus tropas y se retiró con Cleopatra á lo que se llamaba el palacio real.

Cerca de dicho palacio habia un teatro y César hizo de él su ciudadela.

A medida que César se retiraba, las tropas de Achillas penetraban en la ciudad; pero hubo un punto en que las de César dejaron de retroceder.

Entonces pelearon.

Achillas trató de penetrar en el palacio y dió al efecto varios asaltos; pero en todos fué rechazado.



Sufrido aquel descalabro, trató de apoderarse de las galeras de César.

Eran cincuenta en su casi totalidad, cogidas á la escuadra de Pompeyo, de tres y cinco órdenes de remos y perfectamente equipadas.

Otras veintidos guardaban el puerto.

Logrando hacerse dueños de aquellos buques los egipcios, tenían á César como prisionero, interceptándole el puerto y la mar y por lo tanto los víveres.

Los dos partidos echaron el resto en aquel combate; los soldados de Achillas peleando como hombres que conocian la importancia de la posición que querian ocupar, y los de César como quienes sabian que su vida dependia de su valor.

Los ataques de Achillas fueron rechazados en todos lados.

Entonces César, viendo que con las pocas fuerzas que tenia no podia conservar las galeras, las quemó todas, hasta las que estaban en el arsenal.

Pero al mismo tiempo desembarcó tropas en el faro.

Dicho faro era una torre de maravillosa altura que daba su nombre á la isla en que estaba levantado.

Aquella isla estaba unida á la ciudad por una calzada de novecientos pasos con un puente á cada extremo, y tenia un arrabal, casi tan grande como una

ciudad, habitado por una población de bandidos y piratas.

La torre del faro tenia la inmensa importancia de que, siendo la boca del puerto en extremo estrecha, no se podia entrar en él sino contando con la voluntad de los dueños de la torre.

Ademas, al cabo de tres dias César habia terminado una de aquellas obras prodigiosas de fortificación que estaba acostumbrado á hacer.

Habia ligado con murallas toda la parte de la ciudad que ocupaba, y por el teatro se comunicaba con el puerto y con el arsenal.

Los egipcios por su parte habian bloqueado á César, cerrando todas las calles y encrucijadas con muros de cuarenta piés de alto hechos con pedruscos gigantescos; luego, en los puntos bajos habian construido torres de dos pisos, unas empotradas en el terreno y otras que se movian sobre ruedas, pudiendo ser conducidas á donde quiera que se necesitaban.

César entretanto desempeñaba su papel de conciliador.

El jóven Ptolomeo, mozo astuto y rencoroso, habia fingido reconciliarse con su hermana, merced á las instancias de César, pareciendo dispuesto á partir el trono con ella.

En medio de su lucha contra Alejandría, César



dió un gran festin para celebrar aquella reconciliacion.

A mitad de la comida, uno de sus esclavos que le servia de barbero, y que era el hombre mas tímido y receloso del munno, fué á hablarle al oido.

Al cabo de cinco minutos salió César del comedor. El barbero lo esperaba en un pasillo.

Recorriendo el palacio, registrando y escuchando por todos lados, habia oido voces que hablaban bajito. Se habia acercado y habia sorprendido un complot de asesinato que se tramaba entre Pothin y los enviados de Achillas.

César tenia plena confianza en el que le denunciaba aquel complot.

—Está bien, dijo; hace tiempo que deseaba una ocasion para vengar la muerte de Pompeyo; se me presenta, y no la dejaré escapar. Que maten á Pothin.

Vió marchar los hombres encargados de ejecutar aquella órden, y volvió á entrar, sonriéndose, en la sala del festin, donde tornó á ocupar su puesto al lado de Cleopatra.

Un instante despues entró un centurion y le dijo en voz baja:

—Ya está.

César hizo un movimiento con la cabeza manifestando quedar satisfecho, y el centurion se retiró.

Aquella misma noche supo Ptolomeo la muerte de

su confidente; pero en lugar de parecer sentirlo, felicitó á César por haberse librado del peligro con que lo habia amenazado la traicion de sus servidores.

Causó tal espanto aquella muerte entre los que hubiesen tenido deseos de conspirar contra César, que la hermana menor de Cleopatra, Arsinoe, huyó á la noche siguiente al campamento de Achillas con su ayo Ganimedes.

Abrigaba una esperanza, y era, que siendo Cleopatra querida de César y estando prisionero Ptolomeo, podria hacerse proclamar reina.

Las tropas, en efecto, la acogieron con grandes aclamaciones.

Pero en breve estalló la discordia entre ella y Achillas.

Viendo lo cual, Arsinoe hizo asesinar á Achillas por Ganimedes, y tomando este el mando, escapado de manos de aquel, derramó, en nombre de su jóven ama, grandes cantidades de dinero en el ejército, encargándose de continuar la peligrosa tarea de luchar contra César.

Achillas era el segundo asesino de Pompeyo que expiaba su crimen.

Acabemos de una vez con esos odiosos personajes.

Teodoto el sofista, despues de haber conseguido librarse de la justicia de César, huyó de Egipto y erró



largo tiempo por diferentes países, miserable y detestado; pero después de la muerte del dictador, habiéndose hecho Marco Bruto dueño del Asia, descubrió el retiro en que se hallaba Teodoto, y habiendo logrado apoderarse de él, lo hizo crucificar.

Mas tarde veremos que los asesinos de César acabaron todos casi tan desdichadamente como los de Pompeyo.

Si este, que negaba la Providencia en Mitilne, hubiese podido ver la muerte de Pothin, Achillas y Teodoto, de seguro que no hubiera dudado de ella!

#### XIV

Hemos aquí llegado al desenlace de esa Fronda antigua, emprendida por los hermosos ojos de una mujer.

Entonces, como hoy,—aunque la Alejandría de nuestros días no esté situada precisamente en el sitio que la de aquella época,—la ciudad de Alejandro recibía por medio de acueductos las aguas del Nilo, las cuales eran distribuidas en pozos y cisternas, donde tenían tiempo de depositar su limo. La gente del pueblo, que no tenía cisternas ni pozos, la bebía turbia, á riesgo de los inconvenientes higiénicos que podían resultar.

Ahora bien, el enemigo, siendo dueño del rio, emprendió obstruir todas las cañerías que llevaban el